

Amores, Delicias y... Sirenas

Por

Paul-Francis MORVAN



En el siglo XVIII, los exploradores, seguros de que por largo tiempo sus relatos no serían controlados, se aprovechaban de esta circunstancia para adornarlos con relaciones algo fantásticas. Lenotre nos narra que el capitán Wallis, que descubrió Tahiti, había encontrado, si hemos de creerle, toda una población de sirenas que acogieron a sus marineros "al son de flautas y de caracolas marinas". En los mismos parajes de las islas de Barlovento, Bougainville, un año después (1768), exalta en la relación de su viaje alrededor del mundo, "a mujeres que no le ceden en atractivo... a la mayoría de las europeas... casi todas estas ninfas estaban desnudas". Nuestro circunnavegante se apropia de la poesía mitológica de Wallis en provecho de un feminismo sensual adaptado a los apetitos de una dotación privada de hijas de Eva por seis meses.

Hoy, la poderosa proa de los vapores ya no persigue sirenas y tritones. En la antigüedad, las naves fenicias, los trirre-

mes griegos o las galeras romanas muchas veces fueron escoltadas por lo que Henri Pourrat denominaba "ese ganado gracioso y bárbaro".

Jean-Louis Vaudoyer aseguraba que "los personajes imaginarios pueden imponérsenos tan fuertemente como los personajes históricos"; podemos así evocar holgadamente a las ninfas oceánicas, nacidas del mito prehistórico de la primera mujer a quien una onda devolvió la imagen. El reflejo de este busto en el agua oscura sólo podía prolongarse en la profundidad acuática con la cola de un pez. Este ser compuesto representaba por la parte alta del cuerpo las aspiraciones humanas superiores y por la bestialidad de la parte inferior, los instintos brutales.

Esta es la morfología de estos personajes híbridos que prevalecieron desde las estampas romanas, los monjes coio-la Edad Media hasta nuestros días. En ristas de las abadías pintan "sirenas se-

ductoras, simbolizando... la impureza", y los xilógrafos del siglo XV adornan los armarios de Lusignan con la sirena Melusina. La amante de Raymondin se enriqueció con alas que encontramos también en las sillas del coro de la iglesia de San Bernardo de Comminges.

La escuadra de las sirenas oceánicas es lo bastante imponente como para constituir el tema de una crónica; también abandonaremos nosotros a las hijas de las aguas dulces.

En una edición estrasburguesa renacentista de la "Eneida", las sirenas bullen alrededor de la nave de Ulises, algunas con colas bífidas. Estas son las "sirenas" celebradas por Marco Antonio Muret en sus doctos comentarios de los sonetos de Ronsard. Muret las describe "la parte de arriba del cuerpo en forma de pájaro y la parte de abajo de doncella; o como otros dicen, la parte de arriba en forma de doncella y la de abajo en forma de pez. Ellas cantan maravillosamente bien, de tal manera que seducen a los nautas con la dulzura de sus melodías y los atraen a los estrechos del mar, donde perecen. Pero Ulises, que había sido advertido de esto (por la maga Circe)... cuando quiso pasar por ahí, tapó con cera los oídos de todos sus compañeros, y se hizo amarrar fuertemente al mástil del buque, evitando así el peligro".

Américo Vespucio y Magallanes representados en los grabados del siglo XVI observan sirenas jugando en las estelas de sus carabelas y Camoens en sus "Lusíadas" sitúa en una isla mágica los amores sireneicos de los marineros de Vasco de Gama que retornaban de las Indias... Desde esta época, los portugueses son... siempre alegres.

En el siglo XVII, para la ilustración de las "Metamorfosis" de Ovidio, el grabador Briot reinicia la tradición de las sirenas aladas, mientras que Aníbal Carrache anima los muros romanos del palacio Farnesio con sirenas... con patas de cabra. ¡Esto sí que es arrogarse libertades inauditas con la leyenda!

Rubens, cuando exalta el desembarco de María de Médicis en Marsella, respeta las normas sireneicas, pero las abundantes grupas de sus nereidas evocan demasiado a las ampulosas amberinas.

El puro clasicismo del Versalles del Rey-Sol admite en sus fuentes a las ondinas de cola bífida. Las sirenas del reino del Bien-Amado son las hijas graciosas de este siglo elegante. En cuanto a la "sirenita" de Andersen, ella clausura sobre las riberas del Báltico la línea sobrenatural de las encantadoras acuáticas.

Las tradiciones griegas antiguas crean sirenas muy diferentes con cabezas y senos de mujer, pero con carnes de ave alada, desprovistas de brazos para pulsar las cuerdas de una lira. Estas hechiceras aparecen frecuentemente en las páginas heroicas del periplo de Ulises.

Estos seres extraños "que cantaban con voz de sirena" —dijo Villon en su "Balada de las damas de los tiempos de antaño"— eran hijas del rey Aqueloo. Esta... profesión acuático-soberana ya no corre, pero se clasifica como extraordinaria en el pasado. Según el historiador Pausanias, Aqueloo era el río por excelencia y habría tenido una relación amorosa con Calíope. La musa del bello rostro no era rebelde a las solicitaciones galantes.

Fuera de esta unión, Orfeo habría nacido de los favores concedidos por la inconstante Calíope al rey de Tracia, Eagro... predecesor del dios Apolo, que también la habría hecho madre de Himenea.

¿No se atribuye igualmente en Creta a los transportes de Apolo y Calíope el nacimiento de los coribantes? Estos genios cantores, secuaces de Cibeles, provendrían de Frigia, en Creta. Esta maternidad no es muy segura, ya que los iniciados en los misterios cretenses eran poco locuaces sobre sus ritos.

Algunos pretenden que Aqueloo no tuvo a Calíope por amante, sino a la encantadora Terpsícore, musa primitiva de la danza y luego de la poesía lírica. Representando esta versificación —según Víctor Hugo— "todo lo que hay de íntimo en todo", sin excluir el amor.

Las sirenas-mujeres-aves de la antigüedad fueron ridiculizadas por Safo que las comparaba a una muchacha "que ni siquiera sabe levantar sus faldas sobre sus tobillos". Estas sirenas tuvieron graves altercados con las musas a quienes desafiaron en un concurso musical donde

—lo menos que puede decirse— les faltó la voz. Las nueve hermanas indignadas por la sola idea de que se haya intentado sobrepasarlas, se abalanzaron sobre las vencidas (diríamos actualmente que las desplumaron) y les arrancaron plumas remeras, penachos y tectrices con las que se confeccionaron diademas.

Esta "plumada" ensombreció a las sirenas, cuyo humor cambió a la más negra neurastenia. Por no haber sabido recurrir a los beneficios del psicoanálisis, se convirtieron en criaturas maléficas y se establecieron "en una isla del mar siciliano llamada la "Isla Florida", según nos asegura el comentarista de Ronsard.

Sus aguas litorales fueron la mortaja de las sirenas, quienes se ahogaron de desesperación al ver escapar a Ulises mediante el subterfugio enseñado por la maga Circe.

Los despojos de una de ellas, Parténope, peregrinaron en las corrientes variándose en una playa cerca de la cual fue inhumada. Una ciudad nació próxima a dicho sepulcro; esta leyenda es relatada en los "Mártires" de Chateaubriand. Destruído durante guerras posteriores, este conglomerado renació con el nombre de Neápolis (ciudad nueva); esta es la actual Nápoles que en 1799 fuera la capital de la efímera República Partenopea.

Estas sirenas-aves deben haber estado muy pagadas de sí mismas. Una, representada en una hidra antigua del museo del Louvre, está aureolada con este sugestivo y orgulloso epígrafe: "Yo soy la sirena".

Otras hijas oceánicas se mezclaron con los retozos de las sirenas, tales como las nereidas "coronadas de oro", insinúa Safo. Estas cincuenta hermanas provenían de la unión incestuosa pero fecunda de Nereo, el anciano del mar, y de su hermana Doris. Estas uniones inmorales eran toleradas por las licencias olímpicas. Algunas de estas graciosas adolescentes con morfología femenina se alzan por encima del grupo de las nereidas. La sutil Thetis, la preferida de esta numerosa familia, habiendo esquivado los acercamientos de Júpiter, Neptuno y Apolo, había concedido su mano —con reticencia— a un terrestre encontrado por infortunio.

La sombra del navío "Argos" singlando hacia el vellocino de oro había obscurecido fugitivamente la morada submarina de las nereidas. Estas, curiosas e intrigadas, habían emergido entre las olas para desearle buen viento a los argonautas. Mientras ellas retozaban alrededor del trirreme, Peleo, viudo onsolable, se había inflamado como estopa ante los encantos de la maravillosa Thetis. Después de muchas peripecias y desgracias y no obstante las astucias de la reticente nereida —("a quien los dioses perdonaron por desposar un terrestre")— Peleo se había unido con ella, aumentando pronto el Gotha mitológico con una nueva notabilidad: Aquiles, el de los pies ligeros.

Cansada de su pusilánime marido humano, Thetis volvió a su elemento original, el mar. Desde entonces, si Helios demoraba en salir sobre su carro solar por encima del horizonte marino, los poetas lo acusaban de demorarse sobre el lecho de la voluptuosa nereida.

La indulgente Panopea recogió a Ino, mujer de Atamas. Ejecutando (con su hija Melicerte bajo el brazo) una zambullida —no homologada en los Juegos Olímpicos— Ino huía de las cóleras de su esposo. Entre dos aguas Panopea condujo a su protegida fuera de los alcances de las violencias maritales, hacia la tierra itálica.

La nereida Asia, por haberse dejado enamorar por el titán Japeto, fue —a través de Prometeo— la fuente de origen de la raza que pobló Europa y Asia. La curiosa antítesis es que una ninfa de las aguas sea la madre de quien robó el fuego a la morada celeste.

La melindrosa Galatea no había sido indiferente a los sonos de la flauta del hermoso Acis, que guardaba sus cabras en el litoral siciliano. Aunque la linda nereida mantenía un idilio perfecto con su pastor, le había entrado por su único ojo al cíclope Polifemo. Para borrar a su rival del corazón de Galatea, el gigante había aplastado al feliz amante bajo una roca enorme y la ágil nereida había logrado —por un pelo— sumergirse en el seno de sus ondas natales.

Una tradición diferente relata que Polifemo sólo habría aplastado voluntaria-



mente a Acis y que la ligera Galatea no había sido siempre tan inexorable con él.

Desde una perspectiva menos amena, la nereida Actea personificaba la costa escarpada. Una abrupta península del Atica nos la rememora.

La temeraria reina etíope Casiopea había tenido la impudicia de proclamarse tan bella como las nereidas. Estas criaturas acuáticas importunaron a Neptuno con sus quejas y el dios de los mares envió un dragón horrible que asoló Etiopía. Consultado el oráculo de Ammon, ordenó entregar al monstruo a la hija de la culpable, la tímida Andrómeda.

Guiadas por un impulso vengativo, las nereidas amarraron a la infortunada princesa a una roca y espionaron la llegada del dragón, lo que indica en estas lindas personas un instinto feroz. Su espera fue frustrada por la llegada de Perseo cabalgando en Pegaso. Este don Quijote componedor de entuertos, conquistado por los desnudos encantos de Andrómeda, mató a la bestia anfibia y... desposó a la liberada con el consentimiento de su papá, lo que demuestra que la virtud es recompensada a veces.

Las nereidas habían heredado, no obstante, de su padre Nereo un carácter benéfico. Vocalizando y retozando sobre las ondas, simbolizaban el mar bonachón para los navegantes y pescadores. Ellas amalgaman los diversos aspectos del océano en sus movimientos y colores. Glauca es la onda azul verdosa; Talía, la profundidad del verde flujo; Cimodosea, la onda encrespada y Dinamena (la premiosa), es la ola generatriz de cabeceos y balances.

Las desnudeces seductoras de estas graciosas jóvenes escoltaban a las deidades Tetis y Anfritrite que presentaremos separadamente. Estas amazonas oceánicas cabalgaban con los cabellos al viento, sobre delfines, hipocampos o caballos marinos como muchachas traviesas cambiando de monturas sobre un picadero.

Viviendo indiferentemente en el aire o en el agua, ¿poseían tal vez las nereidas pulmones y branquias? Este problema está muy lejos de ser resuelto; tal como no lo fue el del centauro que quería esculpir Bourdelle. Deseoso de conocer la anatomía interna de este ser compues-

to antes de atacar el mármol, el maestro interrogó, (sin haber tenido éxito, por lo demás) a médicos y... veterinarios.

Superando en cantidad a las cincuenta nereidas, las mil Océánidas constituían la bulliente familia del dios Océano y de su hermana-esposa la diosa Tetis. Hesíodo en su "Teogonía" enuenera el triple de ellas.

¡La fecundidad de esta pareja incestuosa, así como su prolífica imaginación para encontrar tantos múltiples nombres femeninos aparece asombrosa y más el acordarse de ellos!

Tetis, soberana marítima y esposa del dios Océano, no debe ser confundida con la nereida Thetis, hija de Nereo y madre de Aquiles.

Entre las más singulares de las oceánidas se destaca la carita perversa de Filira, la de las inclinaciones extrañas, puesto que tuvo una relación íntima con Saturno metamorfoseado en caballo. De esta aberrante unión nació el centauro Quirón; aunque de una hija del Océano y de un equino uno habría augurado más bien el nacimiento de un... hipocampo.

Ese buen calavera de Neptuno, habiendo desflorado un poco rudamente a la sensible Libia, un pequeño Agenor (casado más tarde con la implacable Agriope, de la mirada feroz) convirtió a esta oceánida en abuela de Europa. Le estaba reservado a esta última princesa tener por amante a un toro... divino, puesto que Júpiter, espiado por su Juno, se ocultaba bajo esta bestial apariencia.

Aunque buscador de camorras como sus hermanos, el titán Japeto no desdenaba los pasatiempos libertinos. Así lo había probado con la oceánida Climena, otorgándole un pequeño Prometeo. Esta maternidad, por lo demás, era reivindicada ya por la nereida Asia. Si Climena no engañó a su esposo Metope, rey de Etiopía, con el voluminoso Japeto, por lo menos lo hizo discípulo de San Gengoul (patrón de los maridos engañados), con Helios. Antes de cumplir su ronda etérea, el dios de los crines dorados lanzaba —no su espejo solar a las alondras— sino su cesta de pesca en aguas profundas. Capturó así, entre otras amantes célebres, a la galante Climena y a su hermana número novecientos noventa y nueve, la oceánida Perseida, a quien do-

tó de dos hijas, a saber: la maga Circe cuyas tortuosas prácticas multiplicaban los puercos de las pjaras de Epicuro, y Pasifae, innovadora en el arte femenino de torear.

¿Cuántas otras divinidades femeninas amaban "los húmedos bordes de los reinos del viento"?... Mecotea, la blanca diosa, se envolvía en la espuma como en las vaporosas enaguas de la Bella Epoca; Dione, diosa de la naturaleza húmeda, era —según la Odisea— la madre de Afrodita, cuyo carácter marítimo (proveniente de Asia) se confirmaba en una medalla que la representaba domando un caballo marino.

Homero ha cantado a las ninfas Too-sa, quien se exaltaba en las tempestades, y Calypso, que medía los abismos. Doto, ninfa oceánida, sonreía a su hermana Periboya que se complacía en el clamor retumbante de las olas,

"Pues las ninfas son transparentes,
y tal vez sin saberlo

he acariciado sus brazos leves".

reconocía Pierre Louys, su amoroso póstumo.

Por una suerte desatinada, la bella Alosidne dio a luz los informes becerros marinos y la delicada ninfa Cila (amada de Neptuno) se convirtió en un horroroso monstruo.

Proteo, trovador de la buena fortuna y hombre de las transformaciones rápidas, no fue sin duda un pobre diablo. Menelao, después de la reconquista de la bella Helena, su esposa (raptada por el guapo Paris) se varó fortuitamente en Egipto. Era perseguido por la venganza de los dioses, furiosos por los sacrificios mezquinos del rey de Esparta. Una de las hijas del divino Proteo, la ninfa Eido-tea, traicionó los secretos paternos enseñando a Menelao cómo obligar al arisco mago a revelar su vaticinio.

Siria y Fenicia tuvieron también sus sirenas. En Ascalón, la diosa Derceto, de cola pisciforme, ofendió a Afrodita y ésta le inspiró un frenesí por un joven sacrificador de quien tuvo una hija. Decepcionada en su amor, la diosa siria se ahogó, pero resucitó como sirena. La pequeña Semíramis, a quien había abandonado, fue recogida por un pastor y llegó a ser reina de Babilonia. En la cruel

Fenicia, Atergatis, diosa con cola de sirena, fue la principal hembra de la generación.

Tetis y Anfitrite, verdaderas soberanas del elemento líquido, dominan todas estas feminidades acuáticas. Homero ha proclamado que los dioses y las cosas emanan del Océano y de Tetis. Esta es la nodriza, siendo el agua el elemento indispensable de toda la creación. En cuanto al Océano, es calificado como "padre de los dioses" en la "Iliada".

Este dúo Océano-Tetis —principio original según la creencia antigua— dio el culpable ejemplo del incesto, tan liberalmente seguido en los anales mitológicos, luego que el Océano hubo consumado la caída inevitable con su hermana. Ambos habían nacido de la unión de Urano (el cielo estrellado) y Gea (la Tierra) su propia madre. Su hijo Cronos lo desvirilizó y lanzó estos divinos despojos en el Océano. De este magma batido por las olas habría nacido Afrodita, la diosa por excelencia.

La existencia de Tetis estuvo colmada por innumerables maternidades; la teogonía le atribuye las tres mil oceánidas, otros tantos ríos y esteros (sin contar las fuentes) y una infinidad de retoños ilustres por sí mismos o por su descendencia, tal como la fluida ninfa Estigia que acunó la Fuerza y Nike (la Victoria) o su hermana Calirroe (la nube tempestuosa), cuya camada maldita tuvo por nombre la quimera o Gerión, espantoso gigante tricéfalo.

A pesar de estas gestaciones azarosas, Tetis sintió palpar su corazón por el príncipe Faso, potentado de Cólquida. Pero este mortal tenía sin duda una terrena en mente porque desdeñó a la Dama del Océano que, despechada, lo convirtió en río.

El humor vagabundo de Tetis la incitaba a recorrer el imperio de las ondas, tridente o cetro de oro en mano, en una concha nacarada, tirada por corceles marinos de una blancura de albatros. Una escolta de tritones que hacían retumbar sus caracolas eran sus guardias y las oceánidas cabalgaban en su estela, alborotadas sobre los delfines. En las alboradas bermejas (como amazona en el bosque) Tetis iniciaba a veces un galope alegre sobre un hipocampo.



En la isla de Naxos el coro danzante de las nereidas fue sorprendido un día por el dios Neptuno. Este se prendió violentamente de quien Homero llama "la ilustre Anfitrite que alimenta miles de monstruos en su seno, la diosa de los ojos azules, la diosa gimiente donde las olas vienen a romperse con estruendo contra los escollos".

Poco atraída por el barbudo Neptuno, Anfitrite, temiendo ser raptada por este lobo de mar, se escapó hasta los confines extremos del mundo. Pero el dios envió en su busca a un delfín con olfato de perro policial. Este buen sabueso supo ser también un hábil plenipotenciario, convenciendo a Anfitrite de responder al llamado divino, y volvió con la reina sobre su dorso.

En recompensa de la delicada embajada delfinal, Neptuno obtuvo de su hermano Júpiter un puesto honorífico para la raza de los delfines que se introdujeron en el Zodíaco bajo el signo de los peces.

Entronizada como reina de los mares por Neptuno, a Anfitrite le gustaba acompañarlo en sus vagabundeos náuticos, tal vez para asegurarse una fidelidad que no era muy ejemplar. Su carro tirado por cuatro caballos marinos hendía las olas precedido por tritones desgañitándose a toda caracola. Las nereidas,

hermanas (o hijas, según la opinión de Arión) de Anfitrite, jugueteaban alrededor de Neptuno, contrastando su tenida adánica con la casta vestidura de la diosa.

Las noches reales tuvieron consecuencias bullangueras. La cuna neptuniana acusó un cabeceo vehemente a los golpes de la cola del joven Tritón; desde que la pubertad hubo mudado a este bebé en... nadador en aguas citereas, las ninfas marinas poblaron al océano de tritoncitos que constituyeron la bulliciosa guardia de honor del abuelo Neptuno.

Los gentiles infantillos sucedieron a Tritón en la cuna abisal; ¿a lo mejor los cíclopes también? Según la teogonía de Hesíodo, Bronte, Esterope y Argos, provenientes del cielo y de la tierra, sólo poseían un ojo en medio de la frente. Otra tradición aumenta a cien el número de los cíclopes, pero estos hijos de Neptuno y Anfitrite habrían estado dotados de un tercer ojo complementario.

Neptuno, Nereo, Cecrop, Bel-Dagán, Oanes y muchas otras divinidades masculinas de las aguas se han esfumado completamente para dar lugar en el mundo ondulante a las oceánidas, las sirenas y las nereidas. Que ellas, queridos viajeros, puedan acompañaros en vuestros lejanos periplos y os sean benéficas.

De la "Revue Maritime", Diciembre de 1971.

